

## MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL (1910-1962)<sup>1</sup>

### Evocación en el centenario de su nacimiento

Cuando en la década de 1960 cursaba la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires, empecé a conocer la obra crítica de María Rosa Lida y, al mismo tiempo, a sentir que constituía una gran ausencia, porque más allá de su valiosa y encomiable obra se percibía una añoranza de su persona. Había muerto recientemente en California (un cáncer en el cerebro la llevó tempranamente, antes de cumplir los 52 años) y en las distintas cátedras, a partir de una referencia a su bibliografía, los profesores solían evocarla por su erudición y su calidez humana, por su capacidad docente, y sobre todo ponían de relieve su gran conocimiento de la cultura grecolatina y la tarea que había desarrollado en el Instituto de Filología junto a Amado Alonso. De este modo, iban iniciando a los alumnos en el conocimiento de los albores de lo que hoy constituye una tradición, los estudios de filología en nuestra patria, y surgían otros nombres ya entonces míticos: Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, quienes, como María Rosa Lida, habían muerto inesperadamente, dejando una obra inconclusa. Recuerdo especialmente el respetuoso afecto con que se referían a ella Celina Cortazar, Ana María Barrenechea y Frida Weber de Kurlat.

María Rosa Lida nació en Buenos Aires cuando ya casi estaba concluyendo el año del centenario de la Revolución de Mayo, el 7 de noviembre. La recibió un país económicamente próspero, pero sobre todo rico en ilusiones, en sueños. Un país optimista ya que los inmigrantes habían llegado y seguían llegando con la esperanza puesta en hacer la América y asimismo con la voluntad de aprovechar la movilidad social

<sup>1</sup> Comunicación leída en la sesión 1305 del 8 de julio de 2010.

para ellos y sobre todo para los hijos, pues pensaban, con criterio y buena fe, que no se escalaban posiciones sociales sino a través de una sólida cultura. Yakov Malkiel recuerda que unos meses antes del nacimiento de la estudiosa, en el mes de mayo, Rubén Darío publicaba en el Suplemento Literario de *La Nación* su “Canto a la Argentina”<sup>2</sup>. Bajo esos auspicios abrió los ojos al mundo y se educó una de las primeras intelectuales argentinas. Sus padres habían llegado de Lemberg (Polonia, integrada entonces al Imperio austrohúngaro) un tiempo antes de su nacimiento. Traían con ellos dos hijos varones, Emilio y Raimundo. Tanto ellos como María Rosa recibieron educación universitaria. Emilio fue médico hemopatólogo, en tanto que Raimundo, dos años mayor que su hermana, compartió con ella una firme vocación por la estética, la estilística y la literatura, aunque ambos delimitaron sus respectivos intereses e inclinaciones, los cuales, en el caso de Raimundo, apuntaron más a la filosofía y al siglo de oro español, en tanto que María Rosa tuvo motivaciones más variadas, aunque consagró sus mejores esfuerzos a la literatura medieval española y a sus fuentes clásicas.

Cuando se lee el español claro, conciso, elegante, de absoluta precisión léxica y gramatical de María Rosa Lida, admira pensar que procede de un hogar de cultura asquenazí, y que el aprendizaje de la lengua española se llevó a cabo en contacto con el medio y se perfeccionó en la escuela oficial a la que asistía. Indudablemente, fue una ávida lectora, tuvo condiciones especiales para el aprendizaje de otros idiomas, como lo demuestra claramente el hecho de que, según se sabe, leía a los clásicos griegos en su lengua mientras viajaba en el transporte público. Sin embargo, a estas condiciones naturales se sumó una vocación, un talento, una intuición y un tesón excepcionales que le permitieron ahondar en las distintas culturas mediterráneas de diversos tiempos, desde los clásicos de la antigüedad a la literatura española del medioevo. La inquietud cultural de María Rosa Lida no conoció límites; no estuvieron ajenas a su aprendizaje las lenguas y literaturas francesas, inglesas y germanas e incluso se interesó por los escritores modernos en lenguas eslava y rusa<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> MALKIEL, YAKOV. “María Rosa Lida de Malkiel”. En *Romance Philology*, XVII, 1, August 1963, p. 10.

<sup>3</sup> Junto a su marido realizó una traducción de *El cantar de las huestes de Igor*.

Cursó sus estudios secundarios en el Liceo de Señoritas Figueroa Alcorta, donde coronó el bachillero con la medalla de oro al mejor promedio. A continuación, pasó a integrar las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Ni su hermano ni ella eran figuras que pudieran pasar inadvertidas, por su inteligencia, por sus peculiares personalidades. Su condiscípula Francisca Chica Salas la recuerda en aquella etapa: “Sus años de estudiante fueron, para los que seguíamos iguales estudios en la Universidad de Buenos Aires, años de asombro. Y la obra que realizó después no podía suscitar sino el asombro”<sup>4</sup>.

Corría el año 1932 cuando María Rosa Lida terminó la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras, con el premio al mejor graduado. Para entonces el país ya había perdido el orden institucional. A la vez que se iniciaba en la docencia universitaria, la joven María Rosa comenzó a elaborar su tesis sobre Juan de Mena bajo la dirección de Amado Alonso, director del Instituto de Filología desde 1927. Allí la había precedido su hermano Raimundo y trabajaban otros estudiosos, como Pedro Henríquez Ureña, Ángel Rosenblat, Eleuterio Tiscornia, Marcos Morfnigo. Otra vez apelo al recuerdo de Francisca Chica Salas:

Apenas como un testigo de un tiempo que quedará en la cultura por ella misma creada, recorro aquellos días de estudio intenso en el Instituto de Filología [...].

La veo inclinada sobre sus libros y papeles en un ángulo de la biblioteca –su sitio habitual– adonde solían acercarse, varias veces en la tarde, Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, en aquellos rápidos diálogos agudos, esclarecedores, que descubrían el vuelo de tres inteligencias tan diversas y ricas, y mostraban la recíproca colaboración –y admiración– de maestros y discípula. Allí crecían las anotaciones de su letra menuda, casi dibujada, pero que surgía rápida de su escritura igual y perfecta, reveladora de un espíritu capaz de honda concentración, de tocar fondo en sí mismo. Y de una voluntad que obraba sin esfuerzo, con fluidez solo comparable a la inteligencia que la estimulaba<sup>5</sup>.

La prolija caligrafía de María Rosa Lida admiró también a don Ramón Menéndez Pidal. En un homenaje a la estudiosa, recuerda la im-

<sup>4</sup> CHICA SALAS, FRANCISCA. “Permanencia de María Rosa Lida de Malkiel”. En *Filología*, VIII, 1-2, pp. 1-2.

<sup>5</sup> CHICA SALAS, FRANCISCA. “Permanencia...”, p. 3.

presión que le produjo recibir una carta escrita en el hospital una semana antes de la muerte, en la cual la enferma agradecía a Dios haberle permitido terminar su libro sobre la *Celestina*, aunque se apenaba por no haber podido llevar a término otras investigaciones que tenía adelantadas. A la serenidad del ánimo se sumaba la de la grafía. Decía Menéndez Pidal:

No la he tratado personalmente, sino por correspondencia y sus cartas, solo a su simple aspecto visual, ya hacían buena impresión por aquella su letra de singular y elegante feminidad; letra cuidada, fina, menuda y clara, reveladora de claridad y esmero de ideación<sup>6</sup>.

En la década de 1930 María Rosa Lida conoce a dos renombrados eruditos que en diversas ocasiones estuvieron en la Argentina. Ambos tenían intereses literarios y filológicos y por diferentes circunstancias habían asistido al Centro de Estudios Históricos de Madrid. Me refiero a don Américo Castro, quien había sido el primer director del Instituto de Filología cuando su fundación, en el año 1923, y Alfonso Reyes, embajador de México en la Argentina entre los años 1936 y 1937. La estrecha amistad que los hermanos Lida mantuvieron con Alfonso Reyes explica su conexión con el Colegio de México que, por lo menos en el caso de María Rosa, duró hasta la muerte del polígrafo.

Entre los años 1934 y 1936 colaboró en la revista clásica *Emerita*, del Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por don Ramón Menéndez Pidal. En 1939, el Instituto de Filología inició la publicación de la *Revista de Filología Hispánica*, de la que sería secretario de redacción su hermano Raimundo, y ella comenzó a trabajar y a publicar en ese órgano.

En 1947 se doctoró *summa con laude*. Una década antes, todo hubiera augurado una carrera brillante en nuestras universidades y en otras instituciones nacionales, pero la historia personal y la historia del país no se amalgamaron como para que la reciente doctorada pudiera seguir desarrollando su tarea en su patria de origen. La situación se volvía cada vez más difícil para los docentes, ya que el peronismo avasalló la autonomía universitaria. Se produce una diáspora de intelectuales, quienes se dispersaron y, entre ellos, varios de los integrantes del Instituto

<sup>6</sup> MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN. "Prólogo". En *Romance Philology*, Vol. XVII, 1, August 1963, p. 5.

de Filología, que decidieron buscar nuevos horizontes en otras tierras, donde se afincaron y murieron. Raimundo Lida marchó a México, Ángel Rosenblat, en 1946, partió hacia Venezuela, y Amado Alonso y María Rosa Lida fueron a distintas universidades de los Estados Unidos.

Un año después, en 1948, se casa con Yakov Malkiel, estudioso ruso dedicado fundamentalmente a la filología románica. También de origen judío, había nacido en Kiev, en 1914, y se había formado en la Universidad de Berlín, pero en 1930, ante el auge del nazismo, había emigrado a Estados Unidos, donde enseñó en distintas universidades. En una conferencia dada en el viejo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, en la calle Viamonte, el 8 de agosto de 1961, humorísticamente titulada "Peregrina en su patria", María Rosa Lida cuenta el funcionamiento de las universidades norteamericanas y cómo ser la mujer de Malkiel le impidió ejercer como profesora titular en la Universidad de California, en Berkeley, donde residía, salvo en algún curso de verano, ya que, tratándose de una universidad estatal, estaba vedado que miembros de una familia enseñasen en el mismo departamento. Eso la había convertido en una investigadora y en una docente trashumante y había visitado las universidades de varios estados: California (en Los Ángeles), Columbus (en Ohio), Harvard (en Massachusetts), Wisconsin (en Madison), de Illinois (en la pequeña ciudad de Urbana), de Stanford (en California). También en la década de 1950 y por última vez en 1961 volvió a dictar cursos y conferencias en nuestro país. Según le manifestaba a Chica Salas, el destino la había obligado, pese a su alma sedentaria, a viajar mucho más de lo que hubiese deseado.

Pasar revista a su enorme producción desborda las posibilidades de esta evocación. Las publicaciones que realizó en vida casi alcanzaron los dos centenares y a estas hay que sumar las póstumas y los escritos inéditos. Resumir su obra implica ir abriendo el abanico de los diversos intereses que la motivaron. Para empezar, su trabajo se bifurca en la investigación y la traducción. Además, culturalmente, su tarea consistió en derribar fronteras, si entendemos por fronteras las distintas lenguas, las diferentes civilizaciones, las varias culturas. Su afán fue rastrear, comprender e integrar y así buscó elementos grecolatinos en la literatura medieval y destacó tanto en el conocimiento de las letras y culturas clásicas como en la filología romance. Sin duda, dedicó sus mayores esfuerzos a la literatura de la Edad Media española. Entre los más importantes, los varios artículos y las ediciones críticas de *El libro*

*de buen amor*, de Juan Ruiz; asimismo los estudios, incluida su tesis doctoral, sobre Juan de Mena, condensados en su libro *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español* (México, 1950); no menos original y erudito fue su libro *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, editado por el Fondo de Cultura Económica (México, 1950). Su libro fundamental, resumen de toda una vida dedicada a las letras, fue *La originalidad artística de "La Celestina"*, editado el mismo año de su muerte por Eudeba (Buenos Aires, 1962). Hasta aquí sus libros, pero hubo muchos escritos dedicados a Alfonso el Sabio, al romancero, a las "Coplas" de Jorge Manrique, a Juan Rodríguez del Padrón, a los libros de caballerías, a Bartolomé de Torres Naharro, etc. En otras ocasiones incursionó en la literatura del siglo de oro, especialmente con estudios sobre *Las soledades gongorinas* o sobre el teatro de Lope de Vega.

La mitología y la literatura de la antigüedad grecorromana y su influencia en la literatura española motivaron muchos estudios, tales como "Transmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española", publicado en la *Revista de Filología Hispánica*, en 1939, y donde desarrolló los siguientes temas: "El ruiseñor de las *Geórgicas* y su influencia en la lírica española de la Edad de Oro", "El ciervo herido y la fuente" y "El esquema 'Flérída para mí dulce y sabrosa – más que la fruta del cercado ajeno". Dentro de la misma tónica está "El amanecer mitológico en la poesía narrativa española" (*Revista de Filología Hispánica*, 1946), "La tradición clásica en España" (Nueva York y Londres, 1949) y "Datos para la leyenda de Alejandro en la Edad Media castellana" (*Romance Philology*, 1961-62) A estos se sumaron distintos estudios sobre la Dido virgiliana en la literatura de habla española y en la poesía de Chaucer, entre varios otros.

Su interés por el helenismo queda reflejado, principalmente, en la traducción del griego de *Los nueve libros de la Historia*, de Herodoto, con prólogo de la estudiosa (Buenos Aires, 1949) y la *Introducción al teatro de Sófocles* (Buenos Aires, 1944). En algunos artículos se ocupó de la figura de Helena, de la historia troyana y los libros homéricos e, incluso, de la poeta Safo.

La cultura y la literatura judaicas, tradición que le transmitieron sus padres, también estuvo presente en su obra. En especial se sintió atraída por la figura del historiador Flavio Josefo. Escribió "La métrica en la Biblia: Un motivo de Josefo y San Jerónimo en la literatura española"

(*Estudios Hispánicos*, 1952) y también “Josefo en la *General Estoria*” (*Hispanic Studies*, 1959). En otro artículo tomó el tema de “Alejandro en Jerusalén” (*Romance Philology*, 1956-57).

La literatura hispanoamericana y argentina, aunque no fueron temas preferentes de su quehacer, tampoco estuvieron totalmente ausentes. Su primer libro versó sobre *El cuento popular hispano-americano y la literatura* (Buenos Aires, 1941). Entre sus artículos se halla una “Contribución al estudio de las fuentes de Jorge Luis Borges” (*Sur*, 1952) y “Una anécdota de Facundo Quiroga”, un artículo aparecido póstumamente, donde sigue las variantes del motivo folclórico de la autoinculpación, con la distribución que hace el caudillo de los palitos iguales para reconocer al responsable, quien lo acortaría.

Tan copiosa e inteligente producción le proporcionó muchos reconocimientos en vida. Durante los años vividos en América del Norte las distinciones se sucedieron. Entre las más importantes, llegó a ser miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española, en 1953, y de la Academia Argentina del Letras, en 1959. Asimismo, perteneció a la Real Academia de Córdoba (la Córdoba de Juan de Mena, como ella misma aclaraba) y a la Hispanic Society de Nueva York.

Murió en Oakland, California, el 26 de septiembre de 1962, sin haber conocido Europa. Precisamente ese año estaba invitada a un congreso en Oxford, al que su enfermedad no le permitió asistir. Otro motivo para el asombro: fue una magnífica intérprete de la cultura europea sin siquiera conocer ese continente. Era ciudadana de los Estados Unidos, país que la acogió y le permitió seguir investigando y publicando en la paz requerida por un trabajo tan excepcional y de tal magnitud como fue el suyo. Entre la pasión por el conocimiento, la búsqueda de fuentes, el deslumbramiento estético y el constante trabajo para resumir los hallazgos en escritos o transmitirlos de viva voz a los discípulos se fue encauzando una vida de estudio, una vida espiritualmente rica y equilibrada que le permitió aceptar la muerte prematura con entereza, paz y templanza. Una de las cartas en que se despidió de sus amigos fue para Chica Salas y en ella decía: “No tengo miedo a nada. Yo repito con plena fe aquello de Dante: *En la Tua [sic] voluntade è nostra pace*”.

Rememorar a María Rosa Lida desde el año del bicentenario implicó volver a pensar en dos siglos de historia nacional con sucesivos y recurrentes ostracismos y autoexilios. Parece existir entre nosotros una

disyuntiva radical entre política y cultura, en tanto la política, por lo menos la que se ha implementado, se sustenta en segmentación, exclusión, intolerancia, rechazo, marginación. Siempre se opta por desechar y empezar de nuevo. En cambio, la cultura suma, asimila, nivela, integra, continúa, puede expresar todas las voces, encontrar los aciertos incluso de lo que no se condice con el propio pensamiento. Por lo general, la palabra *cultura* adjetiva al sustantivo *acervo*, y esto no es casual, porque *acervo* significa ‘montón’, ‘cúmulo’. Hago un voto para que, corrigiendo la historia, en el tricentenario de la patria, la política haya aprendido de la cultura la convivencia y, finalmente sumando, podamos cumplir con el Preámbulo de nuestra Constitución y aseguremos los beneficios de la libertad de trabajo y en orden para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino.

Norma Carricaburo